

**JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ CUENCA & SONIA BLANCO**  
***La Buitrera, Valle del Cauca: una región de frontera***  
***cultural prehispánica en la Cordillera Central.***

Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008. 166 páginas.

El propósito de este pequeño libro-informe arqueológico es presentar los resultados de las investigaciones del profesor José Vicente Rodríguez y su equipo de trabajo en el municipio de Palmira, Valle del Cauca. Los objetivos de la fase de investigaciones en la región de La Buitrera, en la Cordillera Central colombiana, se enuncian en la página 19: “analizar el manejo del espacio y el significado de La Buitrera en las redes de intercambio de productos entre los diferentes ecosistemas del Valle del Cauca [...], especialmente durante el periodo tardío cercano a la llegada de los españoles, lo que permite a su vez verificar la veracidad de las fuentes etnohistóricas”. Existe, desde la perspectiva de los autores, una doble justificación para la investigación. En primer término, esta subregión del Valle del Cauca es menos conocida en términos arqueológicos que otras zonas del departamento, como la Costa Pacífica, los flancos de la Cordillera Occidental y la suela plana del valle mismo. Es importante resaltar que la región de estudio fue epicentro de los desarrollos prehispánicos conocidos arqueológicamente como *Bolo Temprano* (antes Malagana) y *Bolo Tardío* (relacionado con el periodo Sonso). En segundo lugar, existe cierto interés de las comunidades locales y de propietarios y agentes turísticos de la zona por vincular la conservación ambiental con la gestión y conservación del patrimonio arqueológico local, a través de proyectos ecoturísticos en los cuales el conocimiento arqueológico desempeña un papel central. Este doble

aspecto de la investigación hace más que encomiable el trabajo del equipo encabezado por el profesor Rodríguez.

El libro se compone de siete capítulos más una introducción independiente. En esta, los autores hacen un breve recuento de los trabajos arqueológicos en el Valle del Cauca, sintetizan los antecedentes generales de esta investigación y ubican en los ejes espacial y temporal los principales desarrollos culturales de la otrora genérica “región Calima”. Existe en esta primera parte un especial interés por diferenciar los desarrollos culturales de la “región Calima” (Ilama, Yotoco y Sonso) de aquellos que tuvieron lugar en la suela plana del valle del río Cauca y zonas aledañas, conocidas por los saqueos realizados en la Hacienda Malagana en 1992, que a su vez dieron nombre a una “cultura arqueológica” llamada por su lugar de hallazgo, *Malagana*. Con el paso del tiempo, esta noción —a veces estilo, otras periodo— se convirtió en la “sociedad Malagana”, para terminar en algún reporte periodístico como un grupo étnico arqueológico conocido como *los Malagana* (*Revista Semana*, 21 de febrero del 2007). Es por este sonoro, pero quizás no tan afortunado nombre, que los autores reiteran un llamado a que se cambie la denominación del periodo por el de *Bolo Temprano*, acorde con la distribución de los materiales que trascienden los linderos de la hacienda de marras. Hay una segunda justificación: “la comunidad de El Bolo se ha organizado en defensa de su patrimonio y *de su nombre regional*” (p. 15, énfasis de los autores).

El capítulo 1 lleva casi el mismo título que el libro, aunque se añade a este el componente del intercambio como uno de los conceptos que estructuran la indagación arqueológica en la región. El punto de partida son las crónicas españolas del siglo XVI que mencionan la existencia de redes de intercambio a través de las cuales las parcialidades indígenas asentadas en diferentes ecosistemas intercambiaban los más diversos productos. No obstante, como sucede en estos casos, la información arqueológica debe suplir aquellos aspectos que los cronistas no observaron o no consideraron de interés para registrarlos en sus informes. Con este pretexto, los autores acuden a múltiples publicaciones arqueológicas que “prueban” la existencia de amplias redes de intercambio comercial de productos exóticos y materias primas que circulaban en distintas direcciones. La identificación de los productos intercambiados, no obstante, no resuelve muchas preguntas en torno a este aspecto de la vida de las sociedades estudiadas: ¿Cuáles son los contextos sociopolíticos en los que se dan estas transacciones? ¿Cuáles son las motivaciones para el intercambio de determinados bienes? ¿Cómo se relaciona esta actividad con otras (por ejemplo, especialización artesanal)? ¿Se intercambiaron únicamente objetos exóticos y materias primas o hubo otros productos cuya disposición final o naturaleza no permitió su conservación en el registro arqueológico?

El capítulo 2 es una descripción convencional de los paisajes de La Buitrera que identifica las principales unidades geomorfológicas o grandes paisajes, a saber: montaña, depresión, colinas erosionales y piedemonte. Los capítulos subsiguientes (3 a 5), corresponden a la descripción más detallada de

cada una de las unidades geomorfológicas mencionadas (excepto el piedemonte), asociándolas con alguna evidencia de paisaje transformado por la actividad humana. De esta manera, la montaña se asocia con *tambos* y caminos (capítulo 3), la depresión con sistemas de manejo hidráulico (capítulo 4) y las colinas con tumbas y cementerios (capítulo 5). El grueso de estos tres capítulos está conformado por la descripción técnica de los sitios (13 en total) y de los trabajos realizados en cada uno de ellos, profusamente ilustrados, como corresponde a un texto de esta naturaleza. Se incluyen numerosas fotografías, dibujos de planta y perfiles estratigráficos, así como cuadros y diagramas con datos de estudios especializados complementarios (polen, caracterización geoquímica de suelos, etc.).

La descripción técnica de la cerámica (capítulo 6) cumple con su cometido, a la vez que contiene algunas indicaciones sobre sus “relaciones estilísticas”. Son precisamente las consideraciones sobre estas relaciones las que llevan a los autores a encontrar similitudes con cerámicas tardías del valle del río Magdalena, relacionadas a su vez con el grupo étnico pijao, registrado en las crónicas de los siglos XVI y XVII. Se plantea entonces, a manera de hipótesis, la posible filiación étnica pijao de quienes elaboraron la cerámica tardía de la región de La Buitrera, cuya presencia se remontaría hasta el siglo IX d. C. Esta propuesta refleja la inveterada tradición en la arqueología colombiana de tratar de identificar a partir de algunos rasgos aislados en la producción material prehispánica, principalmente de la cerámica, la identidad étnica de los “portadores” de tal o cual tradición, estilo o tipo cerámico.

El último capítulo del libro, el de las conclusiones, retoma algunos de los aspectos

ya adelantados en los capítulos precedentes. Como no existen preguntas de investigación explícitamente formuladas, las conclusiones divagan sobre la importancia de la región de La Buitrera para el intercambio en el globalizado mundo prehispánico, el papel de los rituales funerarios para estas sociedades, los diferentes usos del paisaje tanto en el pasado como en el presente, etc. Una vez más, se hace referencia a la forma en la que el conocimiento arqueológico es apropiado por la “comunidad”.

Como un informe arqueológico, este trabajo es una referencia obligada para los investigadores interesados en el pasado prehispánico de la región del Valle del Cauca y, en general, del suroccidente de Colombia. No obstante, el trabajo presenta algunas limitaciones. En primer lugar, es notoria la ausencia de cuestiones teóricas que guíen el desarrollo de la investigación. Las preguntas sin respuesta planteadas arriba, por ejemplo, muestran la poca profundidad teórica en el abordaje del intercambio, visto únicamente desde la perspectiva de su contenido y sin una comprensión adecuada de los contextos sociales, políticos y económicos en los que se daba. Esta misma ausencia hace que los autores tengan que recurrir frecuentemente a las más disímiles fuentes para sustentar algunas de sus afirmaciones. Por ejemplo, en el capítulo 5 hay una reflexión sobre el significado de la muerte dentro de la cosmovisión indígena, apoyada en referencias de autores tan disímiles como Mircea Eliade, Gerardo Reichel-Dolmatoff, César Velandia y Gustavo Santos. Por

otro lado, se aprecia en varios pasajes de la obra la extrapolación indiscriminada de datos de otras investigaciones para “probar” algunas de afirmaciones contenidas en el texto. Es así como en algunos apartes se puede leer que, a diferencia de lo dicho por los cronistas españoles, estas sociedades tenían liderazgos que convocaban a la organización de obras públicas como sistemas de canales o adecuaciones del espacio, con base en los cálculos de cantidad de tierra removida, tiempo invertido y número de personas trabajando. Esta información fue obtenida de otras investigaciones como las de R. Drennan, en el Alto Magdalena, o A. Boada, en la Sabana de Bogotá.

Como la región de La Buitrera, existen muchas en Colombia donde todo está por hacerse. El esfuerzo de los autores por definir las características principales de los sitios arqueológicos, contenido cultural, cronología y distribución espacial deberá verse recompensado en nuevos proyectos de investigación que indaguen aspectos específicos que nos permitan tener un mejor conocimiento del pasado. La apropiación por parte de la “comunidad” de este conocimiento será sin duda más provechosa si los arqueólogos están en la capacidad de formular claramente sus inquietudes. Esto, obviamente, va más allá del simple cambio de nombre, porque igualmente nefasto sería que termináramos escribiendo sobre los *Bolo*.

JOSÉ LUIS SOCARRÁS PIMIENTA  
*Docente investigador*  
*Programa de Arqueología*  
*Universidad Externado de Colombia*